

Passos, José Luiz. *O sonámbulo amador*. Río de Janeiro: Alfaguara, 2012. 271 pp.

No obstante su reciente carrera artística, el escritor brasileño José Luiz Passos ya lista entre sus distinciones el premio Portugal Telecom 2013 de literatura en las categorías “Novela” y “Gran premio”, esta última disputada con los vencedores en “Poesía” y “Cuento/Crónica”. Junto con el Jabuti y el São Paulo, el Portugal Telecom es el mayor reconocimiento al que un escritor brasileño puede aspirar con obras nuevas, habiendo galardonado en once años de existencia a Bernardo Carvalho por *Nove noites* (2002), Silviano Santiago por *O falso mentiroso* (2004), Milton Hatoum por *Cinzas do norte* (2005), João Gilberto Noll por *Acenos e afagos* (2008), Chico Buarque por *Leite derramado* (2009) y Marina Colasanti por *Minha guerra alheia* (2010), entre otros. El nombre de Passos fue añadido a este canon contemporáneo de la literatura brasileña con *O sonámbulo amador*, novela que se inscribe en una de las tradiciones más finas de la prosa en portugués al tener entre sus fuentes muchas de las obsesiones del mayor novelista en esa lengua, el carioca Joaquim Maria Machado de Assis. Passos no niega esta filiación pues, además de escribir ficción, es profesor de literatura brasileña en la Universidad de California, Los Ángeles, y un experto en el autor de Dom Casmurro que reunió hace poco sus estudios en el libro *Romance com pessoas. A imaginação em Machado de Assis* (Alfaguara 2014). Refiriéndose a Machado, Passos parece confundir deliberadamente sus propios intereses literarios con los de su antecesor pues afirma que “él es nuestro contemporáneo en el tratamiento de las motivaciones humanas por la minuciosa composición de héroes que rehacen sus historias de vida en la medida que son objeto de la mirada ajena” ocupándose de “emociones morales como los celos, la vergüenza, la culpa, el remordimiento y el resentimiento”, razón por la cual sus personajes “tienen una profunda dimensión moral”. De allí que, en vez de “personajes”, Passos se refiera a los habitantes del universo machadiano como “personas” en el sentido moderno y weberiano del concepto. Así, en clave machadiana nos adentramos en las honduras oníricas y morales de Jurandir, viejo obrero textil nordestino que, acosado por culpas y accidentes del pasado, es instado a caligrafiar su vida interior dando origen a la polimórfica voz narrativa de *O sonámbulo amador*.

A diferencia del español, el adjetivo amador en portugués significa también “aficionado”, ambigüedad semántica con la cual el autor busca aludir, por un lado, a los dolores del corazón que atormentan la existencia madura de Jurandir y, por otro, a su afición tardía a reflexionar sobre su “yo” creando recién a los sesenta y tantos años una suerte de autobiografía mental destinada a reconciliarlo con episodios fallidos de su juventud. La obsesión con ciertas memorias traumáticas y la relevancia psicoanalítica de sus sueños en el contexto del tratamiento psiquiátrico prescrito por el Doctor Ênio, llevan a Jurandir a suspender al sujeto histórico “diurno” y concentrarse en el sujeto psicológico “nocturno” a fin de registrar sus memorias, sueños, evocaciones y experiencias en Bellavista –hospital psiquiátrico donde va a parar tras hacer explotar el auto de la empresa donde había trabajado toda la vida. Éste es el sentido del título *O sonámbulo amador*, narración con la cual José Luiz Passos busca subrayar la fuerza inefable y balsámica de la palabra literaria para cicatrizar experiencias lacerantes y crear mundos llevaderos.

En cuatro cuadernos y un epílogo sobre su quebrantado mundo interior, la prosa inestable de Jurandir nos revela fragmentariamente el rostro de sus demonios, paradoja significativa si consideramos que al iniciar sus “diarios” Jurandir ha alcanzado el clímax de la pérdida de su propio ser, la alienación total respecto de su presente –metáfora sugerida en la portada de la novela con la imagen de un obrero textil sin rostro. Asimismo, el comienzo del psicoanálisis vía escritura es gatillado por la violenta suspensión de sus lealtades a la empresa textil debido al accidente laboral de un joven operario que perdió el rostro tras su exposición al vapor caliente. Como jefe de seguridad, Jurandir debe representar a la empresa en los trámites judiciales, pero la desgracia del joven lo confronta con sus propias pérdidas, razón por la cual cuando va camino a Recife para encontrarse con los abogados sufre un colapso nervioso que desencadena la explosión deliberada del vehículo institucional y su posterior internamiento en Bellavista. En consecuencia, los cuatro cuadernos conforman una gran cartografía mental encargada de registrar la desigual topografía moral de la vida fallida de Jurandir. En última instancia, el mapeo consciente de sus accidentes mentales procura cerrar el capítulo de los desaciertos pasados a fin de reabrir la posibilidad de una vida afectiva en el presente. En este sentido se entiende el carácter elusivo del espacio geográfico nordestino y el contexto histórico dictatorial del Brasil de fines de la década de 1960, vislumbrados desde la prosa de Jurandir, puesto que también son “accidentes” –no menores, por cierto– de su propia topografía moral.

El primer epígrafe de la novela –¿Qué nos lleva a intentar nuevamente?– nos da la clave de las “fallas” que atormentan a Jurandir. En el Primer Cuaderno surge la silueta de Minie, mujer joven que, pese a no ser buscada como amante, insta a Jurandir a reintentar el amor de pareja especialmente después de la crisis matrimonial con Heloísa, desencadenada por la muerte del hijo de ambos. La segunda oportunidad con Minie, sin embargo, constituye un nuevo tropiezo: “Ese departamento de ella, que antes parecía ser el trampolín para una vida libre y más tranquila, donde Minie y yo desfilábamos nuestros pesares y los sueños que queríamos ver realizados, ese inmueble se transformó después en un claustro, lleno de cobranzas y privaciones” (35). El joven quemado en la empresa textil, cuyo destino parece estar en las manos de Jurandir en tanto jefe de seguridad, constituye una nueva incursión del protagonista en las demandas del amor paterno, contexto en el que ha sufrido su más trascendental y tormentosa derrota. Recordando la muerte de su hijo André por la negligencia del colega de éste, Kid Couto, quien conducía la moto montada por ambos, Jurandir reflexiona sobre la responsabilidad de algún tercero en el accidente del operario: “La amistad y la competencia son lazos fuertes [...] Me pregunto si algún amigo del joven que se quemó el rostro no habrá estado involucrado en esto” (43-44). La reflexión de Jurandir sobre el amor entre amigos se da a lo largo de toda la narración con el recuerdo recurrente de su propia infancia junto al hijo del dueño de la empresa textil, Marco Moreno Prado. El signo de la competencia atraviesa no solo la amistad de ambos sino que marca a Jurandir de por vida, pues es Marco quien provoca su primera experiencia traumática en una jugarreta con un carrito motorizado. Marco, quien empuja obsesivamente el carrito que lleva a Jurandir, hace que éste pierda el control y se reviente la rodilla, quedando cojo de por vida. Marco deja el pueblo para radicarse en Recife donde es un abogado de éxito, tornándose así en un fantasma cuya brillante memoria subraya la opacidad de la vida frustrada de Jurandir –“pensaba en

cuánto me había alejado de los planes que hice en la juventud” (63), reflexiona este último. Sin embargo, la amistad también le ofrece una segunda oportunidad durante la estadía en Bellavista, donde el enfermero Ramires se convierte en confidente y cómplice del proceso de recuperación de Jurandir.

Como ha sido destacado por varios críticos literarios brasileños, uno de los mayores logros de la prosa de José Luiz Passos en *O sonâmbulo amador* es su talento para entretejer los diversos retazos textuales de la mente de Jurandir, resultando una narración que, aunque polimórfica, no carece de fluidez. Como señaló el propio autor en entrevista con Rodrigo Simón (UNIVESP TV), los cuatro cuadernos que absorben la terapia escritural de Jurandir están organizados de manera más o menos cronológica. En este contexto, no extraña que el Tercer Cuaderno, además de contener los momentos decisivos de la narración, constituya el mejor despliegue de técnicas narrativas de la novela. Este segmento incluye la confesión clave de Jurandir a sus colegas de Bellavista, apertura que provoca un colapso determinante para su salud y la habilísima narración de la experiencia del alienado ante su propia crisis y los efectos perturbadores de los psicotrópicos. El carácter culminante del Tercer Cuaderno lo convierte en una exuberante muestra de registros lingüísticos con logros notables como la conmovedora escena de amor entre Jurandir y su hijo André; el caótico accidente del padre de Marco Moreno Prado, donde el autor involucra al lector en el vertiginoso caos familiar; y la fugaz pero intensa irrupción del personaje popular Averbós en la diégesis de los acontecimientos recordados por Jurandir.

La prosa de José Luiz Passos no comienza en *O sonâmbulo amador* –antes publicó la novela *Nosso grão mais fino* (Alfaguara 2009)– ni termina allí. Como su maestro Machado de Assis, Passos nos promete nuevas aventuras con los personajes de sus novelas pues el cuento “Averbós”, que este año inauguró la serie digital “Formas Breves”, profundiza la exploración de esta suerte de leyenda rural nordestina apodada Chupeta de Satã. Los lectores hispanohablantes tendremos oportunidad de conocer a estos héroes brasileños a partir del segundo semestre de 2015, fecha en que la editorial argentina Edhasa lanzará *O sonâmbulo amador* en español. Aunque su obra ya ha sido galardonada, Passos es un escritor joven cuya dedicación y amor a las letras permiten anticipar que su mejor obra está todavía por venir.

MÓNICA GONZÁLEZ GARCÍA  
Universidad de Talca  
mogonzalez@utalca.cl

Schwarcz, Lilia Moritz. *Nem preto nem branco, muito pelo contrário. Cor e raça na sociabilidade brasileira*. São Paulo: Claro Enigma, 2012. 152 pp.

Lilia Moritz Schwarcz es investigadora del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq) de Brasil y profesora titular de la Universidade de São Paulo (USP). Este libro representa una relectura y actualización de otros textos de la misma Schwarcz. Es largamente pautado en el ensayo homónimo a este, escrito originalmente para el cuarto volumen de *História da vida privada no Brasil: Contrastes da intimidade contemporânea*. Asimismo, recupera reflexiones del ensayo “Nina Rodrigues: um radical do pesimismo”, incluido en la compilación *Um enigma chamado Brasil*.

*Nem preto nem branco, muito pelo contrário* ofrece, de partida, una imagen: la portada de la primera edición del libro de cuentos infantiles que trae la aventura de “La princesa negrina”. Con este gesto, Schwarcz introduce su investigación proponiendo dos importantes mensajes. Recuerda, primero, el largo recorrido del racismo. *Contos para crianças*, publicado en 1912 en Brasil, contiene una serie de historias cuyo tema central se repite: cómo una persona negra puede tornarse blanca. Simultáneamente, hace constatar la importancia del cuento o, como dirá después, del mito, en la propagación de los valores culturales de la nación: “Dicen que “quem conta um conto aumenta um ponto”. Si el dicho es verdadero, la insistencia en la idea de blanqueamiento, el supuesto de que cuanto más blanco mejor, habla no apenas de un azar o de una ingenua coincidencia en una narrativa infantil, sino que de una serie de valores dispersos en nuestra sociedad y presente en los espacios supuestamente más impropios” (11). En este marco, el cuento puede ser tomado como metáfora y ejemplifica las muchas facetas del discurso del racismo. Como se verifica en el estudio de la antropóloga, después de tantos movimientos de una pretendida inclusión racial, el mito del “blanqueamiento” sigue vigente y un destino “negro no sólo en el color” se mantiene como la realidad de muchos brasileños.

Darcy Ribeiro inicia el prólogo de la edición castellana de *Casa-grande y Senzala* (Biblioteca Ayacucho, 1973) explicitando una constatación que le parece hostil: “Efectivamente, *Casa-grande y Senzala* es el más grande de los libros brasileños y el más brasileño de los libros que hemos escrito. ¿Por qué? Siempre me intrigó y aún me intriga que Gilberto Freyre, siendo tan reaccionario en el plano político [...] haya podido escribir ese libro generoso, tolerante, fuerte y bello. Creo que podríamos prescindir de cualquiera de nuestros ensayos y novelas, aun cuando fuese lo mejor que hayamos escrito. Pero no pasaríamos sin *Casa-grande y Senzala* de manera indiferente. En cierta medida, Gilberto Freire fundó el Brasil en el plano cultural tal como Cervantes lo hizo con España, Camões con Portugal, Tolstoi con Rusia, Sartre con Francia. [...] *Casa-grande y Senzala* es una hazaña de la cultura brasileña” (IX-X).

La enunciación del autor de *O povo brasileiro. A formação e o sentido do Brasil* (1995) —obra capital de la etnografía nacional— da cuenta de cómo las ideas de Freyre se propagaron de manera tan inevitable como potente. Gracias a eso, una de las preocupaciones centrales de Schwarcz en *Nem preto nem branco, muito pelo contrário* será demostrar la persistencia y la capacidad de reinención del mito de la democracia racial. En esta tarea, la antropóloga busca las raíces más profundas del problema y recupera las

historias de los primeros viajeros que, en una mirada ambivalente, siempre destacaban la existencia de una naturaleza paradisiaca y, al mismo tiempo, lamentaban la “extrañeza de las gentes”. Uno de los ejemplos que trae a la luz, el Tratado da Província do Brasil de Pero Magalhães de Gândavo, ofrece una síntesis que se convirtió en una máxima sobre los naturales: pueblos sin F, sin L y sin R: sin fe, sin ley, sin rey. La antropóloga también pone en evidencia la visión positiva de Montaigne que, en el capítulo de sus Essais, “Des cannibales”, realiza un ejercicio de relatividad encontrando más lógica en la práctica guerrera de los Tupinambás que en las Guerras de la Religión en Europa. Aun así, el conocido texto revela la diferenciación: “Por cierto en relación a nosotros son realmente salvajes, pues entre sus maneras y las nuestras hay tan grande diferencia que o lo son o somos nosotros” (cit. en Schwarcz 15). Como se atestigua en *Nem preto nem branco, muito pelo contrário*, la imagen del “hombre brasileño” desde el extrañamiento sigue vigente y gana nuevo aliento con el mito del buen salvaje de Rousseau. En 1794 se publican los tres primeros volúmenes de *Histoire naturelle* del conde de Buffon que lanza la tesis sobre la debilidad o inmadurez del continente americano. Frente a este conjunto de crónicas, Schwarcz constata que tanto en las versiones positivas como en las evidentemente negativas, el Nuevo Mundo siempre fue Otro. Concluye: “De esta forma, a pesar del elogio a la naturaleza tropical contenido en los relatos de estos ‘viajeros filósofos’, la humanidad de aquel lugar parecía representar algo por demás diverso para que la percepción europea encontrara lugar certero, o incluso humanizado, en su definición, mostrándose más dispuesta a apuntar lo exótico que a dar lugar a la alteridad” (18).

Como sugiere la investigadora en el inicio de su libro, las ideas sobre la diferencia, imperfección, inmadurez e inferioridad de América son los antecedentes del darwinismo racial, propagado a partir del siglo XIX, que encuentra, en Brasil, un gran “laboratorio”. Muestra también que, en este momento, la raza se impone como concepto, vinculándose a los destinos de la nación. Como indica Schwarcz, en su vertiente negativa, el mestizaje atestiguaba la falencia del país. Un importante representante de este modelo, Nina Rodrigues se oponía al libre arbitrio y a la igualdad por entender que “de ciertas razas se podría esperar responsabilidad; de otras no”. Por otro lado —explica la investigadora— hacia 1844 circula una interpretación más positiva y alentadora a través del ensayo del alemán Carl von Martius, vencedor del concurso “Cómo se debe escribir una historia de Brasil”, realizado por el Instituto Histórico e Geográfico Brasileño (IHGB). Criticando los objetivos de esta iniciativa pionera que, según Schwarcz, sería mejor comprendida en la formulación “como se debe inventar una historia de y para el Brasil”, la antropóloga recuerda la posición de Martius. Usando la metáfora de un poderoso río, correspondiente a la herencia portuguesa que debería absorber los “pequeños ríos confluentes de las razas india y ethiopica”, Brasil resurgía representado por la particularidad del mestizaje. La antropóloga aclara que, desde los primeros momentos como país independiente, una cuestión acompaña los debates locales: “¿Finalmente, cómo Brazil se hace Brasil?”.

La investigadora revela en *Nem preto nem branco, muito pelo contrário* que la cuestión racial se vinculó de forma inmediata al tema de la identidad. No obstante, de acuerdo con Schwarcz, si en el exterior made in Brazil es sinónimo de la reproducción de los “exóticos productos culturales mestizos”, dentro del país el asunto es casi un tabú. Esto se debe —explica— a una idea de que la situación está estabilizada y naturalizada, como

si las posiciones sociales desiguales fueran innatas y las actitudes racistas minoritarias y excepcionales. En la ausencia de una política discriminatoria oficial se prolifera en el país la “buena consciencia” que niega el prejuicio o lo reconoce como “más blando”. Para Schwarcz, en Brasil, nadie niega que exista discriminación pero su práctica siempre es atribuida al otro. Esto explica los resultados de una investigación realizada en 1988, en São Paulo, en la cual 97% de los entrevistados afirmaron no tener prejuicio y 98% de los mismos dijeron conocer personas prejuiciosas. Por otro lado, de acuerdo con la antropóloga, en la cultura jurídica la raza también es tratada como silencio y afirmación: “Una de las especificidades del prejuicio vigente en el país, como vimos, es su carácter no oficial. En cuanto otros países adoptaron estrategias jurídicas que garantizaban la discriminación dentro de la legalidad –sea por medio de políticas oficiales del apartheid, sea estableciendo cuotas étnicas–, en Brasil, desde la proclamación de la República, la universalidad de la ley fue afirmada de manera taxativa: ninguna cláusula, ninguna referencia explícita a cualquier tipo de diferenciación pautada en la raza” (79). No obstante, como silencio no es sinónimo de inexistencia, el racismo fue siendo repuesto, primero de forma ‘científica’, luego, por orden de la costumbre, asegura Schwarcz. La Lei Afonso Arinos, instituida en 1951, al punir la discriminación terminaba por formalizar su existencia. Empero –como apunta certeramente– a falta de cláusulas impositivas y de puniciones más severas, la medida se mostró ineficaz, incluso, en los casos bien divulgados de discriminación en el trabajo, en las escuelas y en los servicios públicos. Un ejemplo aún más significativo, de acuerdo con Schwarcz, es el de la Constitución de 1988, reglamentada por la Lei n. 7716, de 5 de enero de 1989, en que el racismo es considerado crimen sin fianza. Como desvela críticamente la antropóloga, de este texto se desprende una reiteración de un “prejuicio à la brasileña” pues solo son consideradas discriminatorias actitudes tomadas en público. No obstante, sugiere: “Tal vez, hoy en día, sea más fácil criticar el mito de la democracia racial que enfrentar su manutención” (112). Pero reconocer la existencia del racismo no lleva a su comprensión, tampoco a la percepción de su especificidad, concluye Schwarcz.

La interesante investigación realizada en *Nem preto nem branco*, muito pelo contrário permite no solo pensar las especificidades del racismo, sino también el problema más extenso de la diferencia. Porque, si es innegable que el racismo y –el racismo brasileño– explícita, en su trayectoria, sus complejidades, es verificable que la discriminación empieza en cómo se mira al otro. Eso explica, además, que los antagonismos que acompañan el contacto con la diferencia ganen nueva forma de enunciación en la contemporaneidad. Siendo así, es posible establecer otro paralelismo. Si, como nos recuerda Schwarcz, en el pasado colonial la exuberancia del paisaje permitió la propaganda del Nuevo Mundo, en las primeras décadas del siglo XX se promueve la estetización de la democracia racial. Sin embargo, como indica certeramente la investigadora, este proceso no se da de manera aleatoria o meramente manipuladora: “En el Brasil de los años 1930, dos grandes núcleos aglutinan contenidos particulares de nacionalidad: el nacional-popular y sobre todo el mestizaje, no tanto biológico sino cada vez más cultural [...]” (47). En este momento nacen instituciones que visan ‘rescatar’ (lo que muchas veces significó ‘inventar’, o a lo mejor, ‘seleccionar y recrear’) costumbres y fiestas, así como un cierto tipo de historia. La operación es ideológica y tiene el objetivo de recolectar elementos

de la identidad, confiéndoles una dimensión grandiosa. La emblemática publicación de Casa Grande y Senzala, en 1933, también señala este movimiento de conformación de los íconos de la identidad. Como advierte Schwarcz, no es que la tesis de Freyre, de la ‘buena esclavitud’, fuera realmente nueva. Su novedad estaba en destacar la intimidad del hogar –en contraposición a la (omitida) vida dura del esclavo– y hacer de este mundo privado materia de ciencia. De la esclavitud –una experiencia histórica inaguantablemente positiva– se destaca su lado ‘integracionista’ y, una vez más, Brasil se convierte en un modelo de convivencia racial. En 1939 se crea el Día de la Raza, en 1938 el candomblé ya puede ser tocado sin interferencia policial. El fútbol, de origen inglés, pasa a ser progresivamente asociado a los negros. Nossa Senhora da Conceição Aparecida –mitad blanca, mitad negra– es escogida como la patrona de Brasil. Surge la figura del malandro, que se consolida en los sambas del momento. La feijoada, comida de esclavos, pasa a ser el “plato típico de la culinaria brasileña”. En el discurso oficial, el mestizo se convierte en nacional y, simultáneamente, se realiza un proceso de des-africanización de varios elementos culturales.

Al mismo tiempo, los símbolos del mestizaje se convierten en producto de exportación. No obstante, más allá del apelo nacional-publicitario, ¿es posible pensar en igualdad en las esferas de producción de la diferencia: justicia, nacimiento, muerte, trabajo, ocio? Lilia Moritz Schwarcz destaca que, buscando dar cuenta de la realidad más profunda del racismo, varios estudios, a partir de los años 1980, empezaron a oponerse al discurso oficial de cierta “blandura” de las relaciones raciales. Florestan Fernandes, uno de los exponentes de este cambio de perspectiva, diagnosticó un racismo disimulado y asistemático a partir de los datos del censo de 1950 que desnudaba no solo diferencias regionales (constatando una gran mayoría de negros y mulatos en el Nordeste) como concentraciones raciales de privilegios económicos, sociales y culturales. Refiriéndose a estos estudios, asegura Schwarcz: “El conjunto de las investigaciones apuntaba, por lo tanto, a nuevas facetas de la ‘miscigenação brasileira’. Sobrevivía como legado histórico un sistema enraizado de jerarquización social que introducía gradaciones de prestigio con base en criterios como clase social, educación formal, localización regional, género y origen social en todo un carrefour de colores y tonalidades” (72). La metamorfosis del esclavo –como nombró Fernandes sobre el caso brasileño– alcanzó tal punto que los términos negro o prieto llegaron a ser utilizados como sinónimo de clase subalterna, un movimiento que, con frecuencia, borra el conflicto y la diferencia.

En la misma línea de asociación raza-clase, el intelectual haitiano René Depestre ofrece un análisis oportuno en Buenos días y adiós a la negritud: “El racismo, tal como lo conocemos, es una superestructura congénita del capitalismo. Es su proceso de fetichización de las relaciones sociales, de los productos del trabajo humano, el que se ha trasladado a las relaciones ‘raciales’ en un cuadro colonial entre amos “blancos” europeos y esclavos ‘negros’ africanos. Como en otras expresiones históricas, el capitalismo ha invertido los órdenes del tener y del ser, de las apariencias y de la esencia de los hombres, de las relaciones “raciales” y sociales haciendo de “uno y otro color” (el blanco y el negro), que no tiene en sí ninguna significación, ni en bien ni en mal, criterios de evaluación y de jerarquización de las relaciones humanas” (25, énfasis del autor). Pensando esta perspectiva desde la realidad brasileña, es evidente que el país no es un caso ejemplar

de convivencia racial. *Nem preto nem branco*, muito pelo contrário trae a la luz una investigación amplia y minuciosa que incluye la recuperación de los censos demográficos de 1872, 1890, 1900, 1920, 1940, 1950, 1970 y 1980; los cambios legalistas desde la abolición de la esclavitud; estudios etnográficos del siglo XX; datos del reciente censo de 2010 sobre la distribución socioeconómica e índices de escolaridad de la población negra; y, finalmente, las medidas de reparación implementadas desde el gobierno Lula. Todos los indicios concretos nos invitan a pensar la profundidad y la relatividad del problema racial que, si no se resume en una cuestión económica, no puede ser limitado a una explicación cultural que termina por esencializar y sacar la cultura de su historia. Lo mejor, aconseja Schwarcz, es mezclar todos estos marcadores. Más que conclusiones categóricas, este libro es un llamado de atención para retomar el debate del racismo que está muy lejos de una solución. En lo público y en lo privado es preciso superar la retórica de la democracia racial y asumir los derroteros del antagonismo brasileño en que la exclusión social se da en la misma potencia que la inclusión cultural. ¿Somos todos mulatos? Parece que sí y cada vez más. Sin duda, el samba y el candomblé –que siempre serán negros– ganaron la batalla simbólica. Falta, no obstante, derrumbar la tesis de inclusión cultural como social. Falta romper un círculo histórico y vicioso para pintar un futuro igualitario. Y que la dicotomía entre ‘emblanquecerse’ y ‘un destino negro no solo en el color’ no condicione a los millones de niños marginados, esparcidos por el país.

RENATA PONTES

Pontificia Universidad Católica de Chile

riverenata@gmail.com

Wisnik, José Miguel. *Veneno remédio. O futebol e o Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras, 2013. 446 pp.

El principal reto al que se enfrenta José Miguel Wisnik en este ensayo es la posibilidad de desarrollar un lenguaje crítico desde los estudios culturales latinoamericanos para abarcar ese fenómeno (hoy omnipresente gracias a los medios masivos de comunicación) que es el fútbol. El punto de partida de su reflexión consiste en rebatir la idea de que el fútbol, en tanto que se halla apresado desde hace un buen tiempo por la industria del espectáculo y es un producto de consumo masivo en el mercado global postindustrial, es una materia que no merece siquiera la atención de las disciplinas humanísticas ni de la academia. La propuesta es encontrar un modo de análisis que supere el vaivén entre la apología gratuita y el facilismo del desprecio habitual entre los intelectuales latinoamericanos (ejemplificados, por lo demás, según Wisnik en el libro de Juan José Sebreli, *La era del fútbol*) que reducen al fútbol al factor alienante contemporáneo de las masas, es decir, “al nuevo opio del pueblo”. En ese sentido, lo primero que hay que señalar es que el libro logra efectivamente apropiarse del fútbol desde una mirada que combina en su análisis diversas disciplinas como la antropología, la historia social y cultural, la literatura, la crítica de las artes y, fundamentalmente, el psicoanálisis. Para Wisnik el fútbol –el juego en sí mismo, pero también los efectos que tiene en la sociedad– constituye un entramado simbólico (un “campo de conflicto transcultural”, llega a decir) que abre la posibilidad de articular narrativas que van desde la construcción de identidades colectivas y nacionales, a entretejer características culturales arraigadas en las sociedades latinoamericanas de nuestro tiempo.

En particular, Wisnik hurga en la conformación histórica de Brasil dialogando con autores como Machado de Assis, Mario y Oswald de Andrade, Gilberto Freyre o Sérgio Buarque de Holanda para ir discutiendo y criticando las imágenes que de ese proceso se han construido desde la sociología, la historia o la literatura brasileñas (desde la cultura letrada, digamos). La posición de Wisnik, sin embargo, no es la de adoptar la exhaustividad historiográfica o la rigurosidad empírica de la sociología, sino la de hablar desde la libertad y el goce estético de un amante del fútbol. En este sentido, el libro aporta la riqueza de su prosa al gran caudal de la mejor tradición ensayística latinoamericana. El sesgo autobiográfico no se esconde en ningún momento: Wisnik se asume como un analista lejos de la objetividad, que ha visto y jugado al fútbol desde muy niño por haber crecido en una de las zonas de Brasil donde el deporte inglés arraigó más pronto (la región metropolitana de São Paulo, más precisamente en São Vicente, al lado de Santos), en la que además floreció uno de los mejores equipos de la historia –el “Santos”, donde jugaba Pelé. La importancia del fútbol en Brasil, según el autor, supera la simple explicación identitaria (frecuente en Europa) según la cual los ciudadanos se identifican con el equipo nacional a partir de su pertenencia a un país; para Wisnik, en cambio, Brasil existe como país, se constituye modernamente como tal, gracias, en buena medida, al fútbol.

La propuesta de Wisnik consiste en dos ensayos mayores, independientes entre sí, pero que se iluminan mutuamente y funcionan de manera orgánica. El primero expone, por decirlo de alguna manera, “la teoría” –en el capítulo 2 “A quadratura do circo: a

invenção do futebol”– y el otro profundiza sobre la realización de esas ideas en el caso de Brasil –en el capítulo 3 “A elipse: o futebol brasileiro”. El análisis del primer gran ensayo (conformado a su vez por pequeñas reflexiones que van desmenuzando cada aspecto del juego) se monta en una línea cronológica que busca en los orígenes europeos del juego –particularmente en el caso de Inglaterra, que lo institucionaliza y le da forma en un código reglamentario–, sus peculiaridades y, más aún, las razones de su rápida y extendida popularización. La reflexión retrocede incluso al sustrato de las culturas mesoamericanas para rescatar de ellas los aspectos rituales y religiosos del juego en sí mismo, e incluso revalorizar el aspecto antropológicamente encantador de la pelota.

Wisnik se revela aquí como un gran observador de los aspectos lúdicos del fútbol, que lo atan a impulsos atávicos (los orígenes tribales de los juegos de pelota como recreación de la caza o el carácter ritual del juego de pelota entre los mayas para sostener el equilibrio del cosmos) y los actualiza en el deporte institucionalizado de nuestros días. Su tesis es que si el fútbol, el deporte moderno codificado y dispersado por el imperialismo británico en la segunda mitad del siglo XIX, arraigó tanto y tan pronto en sociedades altamente desarrolladas como las de la Europa continental y en sociedades menos industrializadas como las latinoamericanas es porque se trata de un juego que aglutina esos valores premodernos, –el contacto con la tierra (se juega al aire libre y en cualquier campo, tenga césped o no) o el poder hipnótico de la redondez de la pelota– con los valores modernizadores, civilizatorios (muy en la lógica positivista e higienista del cambio de siglo) que representan tanto el deporte como la actividad física. Es en ese sentido que el fútbol representa “la cuadratura del círculo” a la que alude el título del capítulo segundo: un deporte que fascina por su capacidad de replicar el azar de la vida a partir de las múltiples posibilidades generadas por su carácter indeterminado y abierto (en oposición a los deportes más racionales y urbanos, como el básquetbol, el béisbol o el fútbol americano).

En Brasil, en particular, el juego pasó muy pronto de ser practicado exclusivamente por las élites anglófilas de Río y São Paulo, a popularizarse masivamente entre los estratos medios y bajos en una sociedad altamente polarizada y recién salida de la esclavitud. Es aquí donde el ensayo de Wisnik entronca con discusiones de más largo aliento como las que incumben a las teorías de la modernidad en América Latina, que discuten la transferencias culturales europeas en términos de transculturación, transplante o mestizaje. Para Wisnik, en definitiva, el deporte, tal como lo concibieron los ingleses, es reinventado por sus practicantes en el Brasil, añadiéndole una gran cantidad de matices y rasgos particulares. De Chico Buarque, por ejemplo, toma la idea de que hay “donos de campo” y “donos da bola” en el fútbol, dependiendo de si los que lo juegan son “ricos” o “pobres”: los primeros privilegian el control de la pelota en función de ir ganando territorio –el espacio entre jugadores es más amplio; en cambio, los segundos tienden a apropiarse de la pelota y retenerla lo más posible gracias a toda suerte de malabares y habilidades que incluyen regates y fintas (hay que pensar en Maradona o Ronaldinho Gaúcho como dos exponentes de esa cultura de la pobreza).

En esa adaptación del juego británico en Brasil radica, según el autor, el significado que representa la encrucijada del fútbol para el país: la disyuntiva que expresa una

ambivalencia y que da nombre al libro. El fútbol en Brasil es el veneno remedio (el veneno y su antídoto) a partir del cual se anudan y resuelven alternativamente las múltiples complejidades que implican la constitución histórica de una nación multicultural y socialmente desigual. En la utilización de esa fórmula (“veneno remedio”) Wisnik dialoga abiertamente con Gilberto Freyre quien veía en la versión brasileña del fútbol (más curvilínea y sinuosa, por oposición a la rectitud y la rigidez europeas) la influencia decisiva de las expresiones corporales de la cultura mulata ejemplificadas en la capoeira (esa danza practicada por afrodescendientes y mulatos –esclavos recién liberados– que se desarrolla como una forma de acrobática autodefensa en los márgenes de la ciudad, a finales del siglo XIX). Para el autor, la observación de Freyre es innovadora porque extrae del veneno, el remedio: es decir, de los propios estigmas de la esclavitud surgen las peculiaridades expresivas del fútbol brasileño que lo vinculan con la estética y la plástica de la danza. El fútbol, para Wisnik, al igual que la música popular, tiene ese valor liberador y expresivo en la conformación de la cultura brasileña contemporánea. El autor valora muy positivamente, a través de la idea de la “prontidão” (que describe como una “inteligencia del cuerpo”), el aporte de las culturas afrodescendiente y mulata por medio del deporte y la expresiones musicales a la constitución cultural del Brasil moderno. En términos de la historia del fútbol brasileño (materia del mencionado segundo gran ensayo del libro), Pelé y Garrincha son las figuras decisivas en la consagración de Brasil como campeón mundial en 1958. En la “prontidão”, Wisnik conceptualiza una vez más una figura ambivalente: la del ingenio que proviene de la escasez material. Y ese carácter ambivalente se mantiene en constante tensión a lo largo de su reflexión: unas veces en la historia contemporánea de Brasil el fútbol es veneno, y en otras remedio. No se le escapa a Wisnik, por ejemplo, el hecho de que durante un buen tiempo el fútbol fue una expresión de cultura de masas ajena al influjo imperialista estadounidense, en un momento (a raíz de la segunda posguerra, sobre todo) en que las películas de Hollywood y las estrellas musicales imponían un modelo de vida y consumo en el resto del continente (y del mundo). El fútbol es, en ese sentido, un vehículo de expresión de la propia cultura brasileña.

Al mantener abierta la tensión en la fórmula “veneno remedio”, Wisnik intenta no caer en una celebración ingenua de la productividad del mestizaje cultural o, más específicamente, en una intelectualización y estetización de lo irrelevante (el fútbol). Más bien intenta problematizar la imbricación del fútbol con la cultura en la construcción moderna de Brasil a través de esa tensión oscilante que permanece irresuelta. Wisnik se niega a una visión del fútbol y la cultura musical brasileña como una compensación simbólica por todo lo que el país no logra en otros niveles. Más bien, eso lo subraya el texto, extrae de esas expresiones culturales múltiples claves para una mejor comprensión de las complejidades de la experiencia brasileña contemporánea.

No hay duda de que la forma en que Wisnik articula su análisis de un fenómeno popular como el fútbol, recurriendo a una compleja red de relaciones entre la literatura, la música y los registros psicoanalíticos y antropológicos, resulta muy sugerente e inspirador para analizar realidades sociales análogas en el ámbito latinoamericano. La prosa ensayística de Wisnik, caracterizada en este libro por la permanente iluminación

mutua entre conceptos provenientes de muy diversos ámbitos disciplinares, es quizá el mejor ejemplo de lo productivo que resultan la creatividad y el ingenio que él tanto admira en Pelé, Tostão, Zico o Rivaldo.

IVÁN PÉREZ DANIEL  
Universidad de Talca  
iperez@utalca.cl